«LA COSTA DE LOS FUEGOS TARDIOS»

Con «El regreso» y más tarde con «Del monte y los caminos», a los que habían seguido otros libros de poesía Antonio Pereira se había revelado como un excelente lírico. Años después, «Una ventana a la carretera» y «Un sitio para Soledad», nos situaban ante un novelista de primera fila.

La Costa del Sol era una fiesta y nada más que una fiesta para el observador que atendiese sólo al brillo del rótulo, o el capricho espontáneo de unas determinadas gentes, de no calar en otras honduras que completan el cuadro donde no todo es frivolidad o goce. Antonio Pereira en esta novela ha vencido la tentación que podría haberle llevado a ofrecernos una novela fácil, con latiguillo y tópicos.

En un cuadro de lujo, al aire de la aventura cara de los caprichos de extranjeros o indígenas, Pereira destaca en este lienzo a criaturas comunes, vulgares, si se quiere, que viven en un lugar donde parecen desplazados: gentes llegadas al sol por diversas razones que no suelen ser las que llevan a los turistas a Torremolinos; son los fuegos tardíos o consumidos al sol violento de la costa que nos descubre terrenos donde no todo es orégano.

Entendemos que el autor ha querido desmitificar algo que querían hacernos ver como eterna noche de sábado de rumbo y tronío y son estos personajes, sus vidas, lo suficiente para ponemos delante de la otra cara de la vida.

La novela tiene un ritmo narrativo ágil, apuntes mordaces y no poca crítica social al fondo.